

STARS

La Academia de los sueños

Texto de Mairena Ruiz
Ilustraciones de Lana Pickle

la esfera  azul



El reto del baile

Alice terminó de colocar los libros de texto en la estantería y resopló. Hacía unos días que había terminado el curso, así que aún faltaba un montón de tiempo para que tuviera que hacer los deberes de verano, pero no había podido escaquearse de ordenar su habitación.

Ali, que es como la llamaba todo el mundo, se dejó caer en la alfombra y se tumbó boca arriba. La verdad es que con toda la ropa guardada en el armario y con el escritorio de madera blanca despejado, su cuarto estaba mucho más bonito. Además, hacía unos meses, al cumplir los doce años, le habían regalado una cama doble, y sus padres dejaban que colgara todos los pósteres de actores y cantantes famosos que quería.

Con otro resoplido, Ali sacó el teléfono móvil del bolsillo de los pantalones cortos y abrió la red social

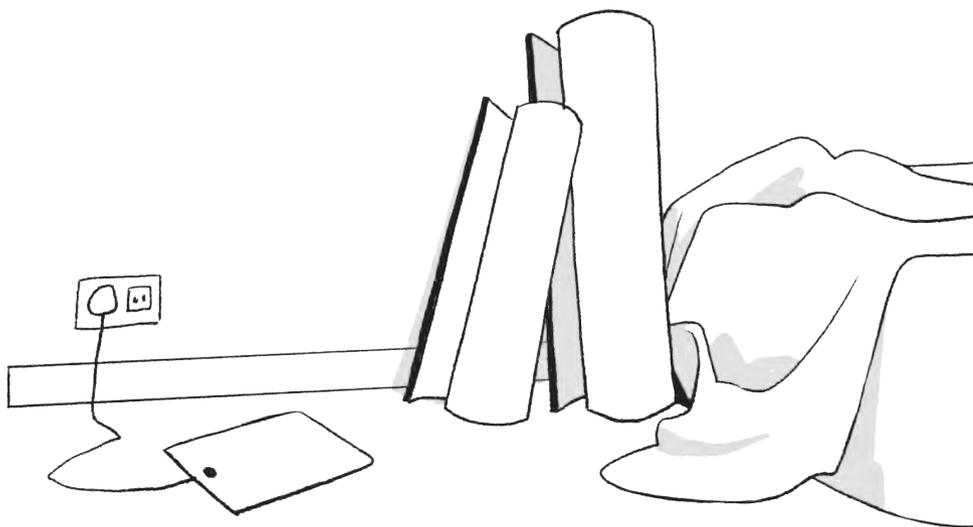
Clock. Estuvo un rato pasando vídeos y fotos, distraída.

«¡TÚ TAMBIÉN PUEDES SER UNA ESTRELLA!».

Alice se incorporó de golpe y miró boquiabierta el vídeo que se reproducía en la pantalla del móvil. Su bailarina favorita, conocida como Lavanda, había publicado una coreografía que era una pasada. Y al terminar de bailar, había enviado un mensaje a sus cientos de miles de seguidores.

«¿Te gusta bailar tanto como a mí? ¡Demuéstralo bailando esta coreografía y compártela con el *hashtag* #BailaConmigo! Y recuerda: ¡ponle toda tu energía!».

Alice dio a me gusta en el vídeo, lo guardó en sus favoritos y volvió a verlo de nuevo. Le encantaba bailar y seguía a bastantes bailarines en redes sociales, pero Lavanda tenía algo que la hacía especial. Sus coreografías eran increíbles, pero como la propia Lavanda decía,



no siempre importaba lo bien que realizabas los pasos, sino la energía que transmitías al bailar. Lavanda era superalegre y fuerte, y eso era lo que más le gustaba de ella.

La chica se levantó de un salto de la cama.

—¡Mamá! —llamó Ali, mientras corría hacia el salón.

Su madre, Margot, que estaba tecleando en el ordenador, se giró hacia ella. Era muy guapa, y la mujer más



elegante que Ali había visto nunca, con su dulce acento francés y las uñas pintadas.

—Dime, cielo.

—Lavanda ha subido una coreo chulísima, mira.

Alice le mostró el baile a su madre, que balanceó la cabeza al ritmo de la música.

—¿La vas a hacer? —le preguntó Margot.

—¡Sí, quiero ver si me sale bien!

—¿Y qué es esto del *hashtag*?

—Es para que la gente grabe la coreo y la comparta.

—¡Qué bien! La vas a subir, ¿verdad?

—¿Yo? —preguntó Ali.

La idea ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Ali llevaba años yendo a clases de baile después del colegio y le encantaba inventarse sus propias coreos en casa, pero le daba algo de vergüenza bailarlas delante de otras personas, y ni pensaba en subirlas a las redes sociales. Claro que esta era una coreografía de Lavanda, no suya...

—Bueno, no sé —murmuró Ali.

—Te puedes grabar y luego ya decides, ¿no?

Ali se mordió el labio inferior.

—Vale, pero por ver luego qué tal lo he hecho.

Su madre dio una palmada y cerró el ordenador.

—Vamos allá.

Ali fue a un extremo del salón y apartó la mesita de café, mientras Margot empujaba el sofá contra la pared. Apartaban los muebles tan a menudo para que Ali

pudiera bailar que ya sabían cómo hacerlo en menos de un minuto.

La chica conectó el teléfono móvil a los altavoces y puso la canción. Vio un par de veces más el principio del vídeo y, después, empezó a bailar.

Algunos de los compañeros de sus clases de baile odiaban los ensayos, esos primeros días en los que todo salía fatal, se tropezaban unos con otros y se les olvidaban la mitad de los pasos. Pero a Ali le encantaba aprender bailes nuevos, fijarse en cada detalle y repetirlo todo un montón de veces. Sabía que, por mucho que le costara, cada vez que repitiera los pasos le saldrían mejor.

Una hora más tarde, Ali dio por terminados los ensayos.

—Yo creo que ya lo tengo —dijo.

—Muy bien, cielo. ¿Quieres cambiarte de ropa para el vídeo?

Ali miró sus pantalones de unicornios y su camiseta descolorida. Podría ponerse el conjunto tan chulo con el que había bailado en la fiesta de fin de curso hacía una semana, pero picaba un montón...

—¿Para qué? —dijo al final—. Si de todas formas nadie va a verlo.

Su madre colocó el teléfono móvil en un trípode.

—¿Estás lista?

—¡Dale!

La música empezó y Ali comenzó a bailar mirando a cámara. Casi había terminado la coreografía cuando su padre abrió la puerta del salón. Ali siguió bailando, pero Margot dio un respingo, sobresaltada, y se tropezó con la mesita de café. El padre de Ali, Damiano, intentó sujetarla, pero ambos dieron varios traspiés antes de recuperar el equilibrio y apartarse de nuevo.

Ali no pudo evitar reírse, perdiendo el hilo de la coreografía por un momento, pero terminó los tres pasos que le quedaban, entre risas y a destiempo.

—¡Perdón! —exclamó su padre cuando cesó la música—. Te he fastidiado el vídeo.

—Es igual —contestó Ali.

La chica cogió el móvil y paró la grabación. Puso el vídeo desde el principio y sonrió cuando vio cómo Margot se colaba en el plano al final del baile.

—¿Quieres grabarlo otra vez? —le preguntó su madre.

—No, es igual, hace mucho calor para seguir bailando, pero... ¿me dejas subir este trozo?

Margot se sonrojó.

—Vaya, justo esto sí lo quieres publicar, ¿eh?

—Es que es muy gracioso —le dijo Ali haciendo un puchero.

Su madre suspiró.

—Vaaaaale, pero lo tienes que subir entero, y con el *hashtag*.

Ali iba a protestar, pero su madre se encogió de hombros. Con un suspiro, la chica tecleó en el móvil y publicó el vídeo entero.

—Voy a hacer albóndigas para cenar —anunció Damiano—. En media hora estarán listas.

—Genial —contestó Ali.

La chica dejó el teléfono y ayudó a su madre a colocar de nuevo los muebles.

Según Alice, lo mejor del verano era no tener que madrugar. Bueno, y no tener que ir a clase, claro. Y los helados. Y la piscina. Y...

Bueno, el verano tenía un montón de cosas estupendas, pero en ese momento, mientras se desperezaba, lo de no madrugar era lo más importante.

Ali cogió su teléfono móvil y abrió la red social Clock desde la cama. Había recibido unos cuantos «me gusta» y varios comentarios en su vídeo de compañeros de clase.

Ay, Ali, menudos pantalones... 😄

@lauri05

Superfan de la liada que te ha hecho tu madre al final.

@lamaspega

Solo tú subirías un vídeo así. 

@petisuiz

Nadie había comentado ni una palabra sobre el baile, pero Ali puso un corazón a los comentarios de todas formas.

Alice no se llevaba mal con nadie del colegio. De hecho, tenía bastantes amigos, gente con la que pasar el recreo de vez en cuando, o con quien hacer trabajos en grupo. Pero sabía que, aunque la invitaban de vez en cuando para ir a dar una vuelta al centro comercial, o al cine, eran muchas las veces que se enteraba de que las chicas de su clase habían quedado y no la habían avisado porque veía sus fotos y vídeos en Clock.

—Aliiiiiii —la llamó su madre—. Se te van a quedar frías las tostadas.

—¡Voy, voy, voy!

Alice se levantó de un salto y corrió a la cocina. Después de desayunar, cogió el libro que estaba leyendo y se acomodó en un sillón, dispuesta a no hacer nada más en todo el día.

Sin embargo, unas horas más tarde, se interrumpió la lectura. La pantalla del móvil no paraba de encenderse con cada notificación que le llegaba.

Primero fueron algunas sueltas vio que eran de Clock y las ignoró. Pero después de un rato, le estaban llegando tantas notificaciones que la pantalla no se apagaba.

Extrañada, dejó el libro a un lado y cogió el teléfono.

Has recibido 1356 me gusta.
Tienes 254 comentarios nuevos.

—¿¿¿Qué??? —exclamó.

¿Qué había pasado? Ali abrió Clock y ahí, bajo su vídeo, ponía:

Lavanda y otras 1355 personas han dado
a me gusta.

Ali ahogó una exclamación y presionó sobre el nombre de Lavanda. Era su perfil oficial. Era... ¡Era ella de verdad! ¡Lavanda había visto su vídeo y le había dado a me gusta!

—¡Mamá! ¡Mamá, mira!

Margot se asomó al salón.

—¿Qué pasa, cielo?

Ali fue a enseñarle la pantalla del móvil, pero estaba tan nerviosa que el teléfono se le resbaló. Intentó cazarlo con ambas manos, con tan mala pata que acabó lanzándolo otra vez por los aires y le dio un golpe en la cara.

—Ali, por favor, ten cuidado. No creo que sea para tanto.

—¡Que sí, mira! —insistió ella, mientras se frotaba la frente.

La madre lo miró, pensando que se trataría de cualquier cosa. Y volvió a mirar para confirmar que había visto bien.

—Eso son un montón de me gusta, ¿no?

—¡Es Lavanda! ¡Lavanda ha visto mi vídeo y le ha gustado!

—¡Qué bien! —dijo su madre—. ¿Ves como tenías que subirlo?

Ali volvió a mirar la pantalla del teléfono, sin terminar de creérselo. Por si acaso, hizo una captura de pantalla.

La había guardado cuando vio otra notificación nueva.

Tienes un mensaje privado
de Barnes Entertainment.

Ali sabía que Barnes Entertainment era la empresa que había patrocinado el *challenge* de su coreografía... ¿Qué querían?

¡Tal vez querían darle algún tipo de premio! El perfume oficial de Lavanda (estaba ahorrando para comprarlo) o su libro dedicado.

Presionó en el mensaje, con curiosidad.

Alice, ¡nos ha encantado tu vídeo! Nos gusta mucho cómo bailas, pero, sobre todo, nos gusta tu actitud.

Queremos invitarte a participar en un *casting* exclusivo que tendrá lugar en unos días. Por favor, haznos saber si aceptas nuestra invitación cuanto antes, y recuerda que todo el proceso es confidencial. ¡Te esperamos!



Ali llevaba un buen rato dándole vueltas a la pulsera que llevaba puesta en la muñeca. Una vez y otra vez y otra vez, escuchando los pequeños ruiditos metálicos que hacía.

—¿Estás nerviosa, cielo?

La chica miró a su madre, que estaba sentada en un banco junto a ella. Habían llegado cuarenta minutos antes de la hora a la que la habían citado para el *casting*, y el chico trajeado que había a la entrada del teatro les había dicho que tenían que esperar fuera, para «Respetar la confidencialidad del proceso».

—No. Bueno. Un poco.

Margot le apartó un mechón de pelo de la cara.

—Lo vas a hacer genial, ya verás.

Ali asintió, con una sonrisa. Su madre le dio un golpecito en el brazo.

—Oye, esa chica me suena.

Ali miró en la misma dirección que Margot. Una adolescente muy alta y con un vestido *boho* chic total estaba entrando en el teatro en el que tenía lugar el *casting*.

—¡Sí! Es Medea —le dijo Ali—. Se hizo viral en Clock hace unos meses cantando versiones de distintas canciones. Creo que había firmado con una discográfica. ¿Qué estará haciendo aquí?

—Me imagino que vendrá al *casting* —dijo Margot.

—Pero... Pero ella es cantante. Yo solo soy bailarina. Bueno, ni eso. Bailo un poco. ¡A mí nadie me ha dicho nada de cantar!

—Cariño, seguro que están buscando a chicas que hagan cosas diferentes. Dices que es para un videoclip, ¿no?

—Sí, bueno, eso creo.

—Pues ya sabes. No te pre...

Ali cogió aire, mientras su madre esperaba.

—... ocupes —terminó ella la frase.

—Eso es.

Su madre siempre le decía que no tenía que «pre-ocuparse», pero hoy le estaba costando un poco más de lo normal, la verdad.

Preocuparse: cuando te agobia o te asusta algo que ha pasado o va a pasar.

«Pre» puesto delante de una palabra, significa: antes de. Por ejemplo, preescolar (antes de la escuela).

Preocuparse, según mamá: cuando no tienes ni idea de si algo va a pasar o no, pero te pones a pensar en eso y te agobias tanto como si fuera seguro que va a pasar. No hay que hacerlo.

Cuando por fin llegó la hora, Alice y Margot entraron en el teatro y el chico de la entrada les indicó a qué sala debían dirigirse. Ali se mordió el labio inferior, nerviosa. Le había hecho muchísima ilusión que la invitaran al *casting*, pero... ¿y si hacía el ridículo?

Llegaron hasta una puerta que daba acceso a un pasillo. Allí había una chica de veintitantos años con media cabeza rapada y anillos en todos los dedos de las manos. Sujetaba una carpeta llena de papeles y rebuscó entre ellos al verla.

—Soy miembro del *staff*. ¿Eres Alice Bianchi? —le preguntó.

Ali asintió.

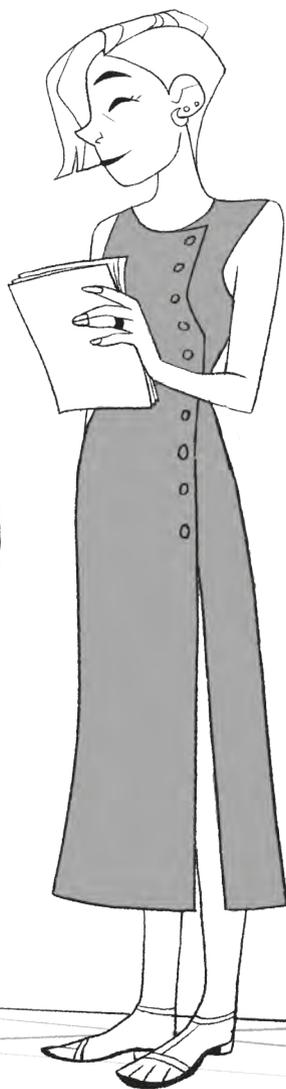
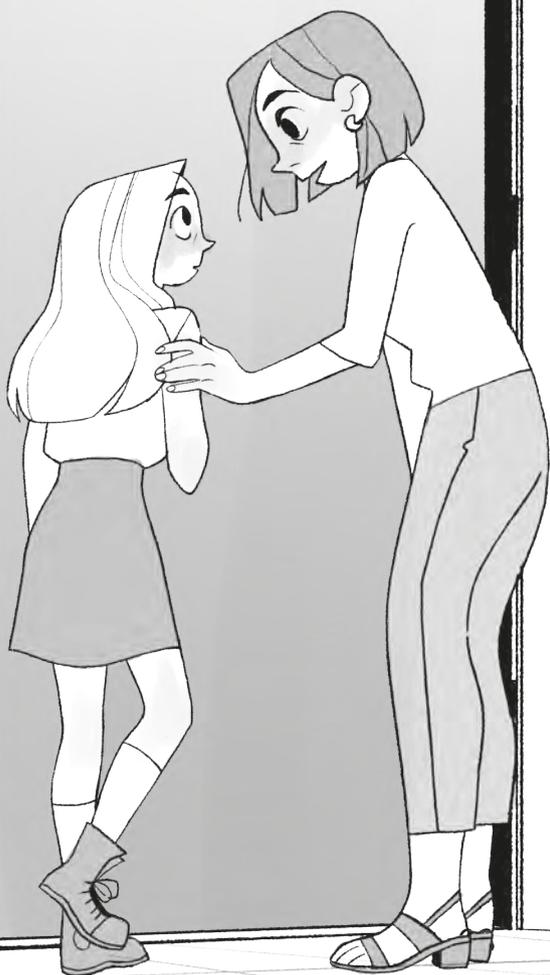
—¿Traéis la autorización?

Su madre sacó un papel del bolso y se lo dio a la chica. Ella lo miró, comprobando las firmas.

—Perfecto, Alice. ¿Me acompañas?

Alice asintió de nuevo y siguió al miembro del *staff*, que estaba abriendo la puerta. Esta se giró hacia Margot, que había dado un paso para seguir las.

STAGE 1



—Tiene que pasar ella sola.

—Oh. Claro. —Parecía que se le hubiese roto el corazón, pero Alice comprendió que no siempre podía ir acompañada de su madre—. Suerte, cielo.

Ali tragó saliva y siguió a la chica, dejando a su madre fuera.

Las luces que iluminaban el escenario eran cegadoras. Ali se dirigió al centro del escenario, donde había una X marcada con cinta en el suelo. Se colocó sobre ella, como le habían indicado, e intentó mirar de nuevo hacia las butacas. Tragó saliva, sentía que el corazón se le iba a salir del pecho, pero no estaba segura si era por el miedo o por la emoción.

Podía adivinar algunas figuras sentadas en el público, pero no veía las caras. Había varias cámaras colocadas en los extremos, apuntando hacia ella, y Ali se mordió el labio para contener una sonrisa nerviosa. Aquello parecía sacado de Netflix; solo faltaba que en cualquier momento un grupo de bailarines se uniera a ella.

Un hombre habló desde los asientos.

—¿Estás lista?

—Sí.

El hombre alzó una mano y la canción que Ali había elegido empezó a sonar. Ella cogió aire mientras sonaban las primeras notas y se imaginó que aquello no era un *casting*, sino la escena de una película. Y ella no era

una chica de doce años sin experiencia, sino una bailarina superfamosa, a la que habían contratado para ser la prota.

Ali empezó a bailar. Dio un par de vueltas, ignorando las cámaras (¡las actrices no miran a cámara!), y se dejó llevar por la música. Había preparado la coreografía utilizando como base una de las de Lavanda, pero había cambiado algunos pasos por otros movimientos que le salían mejor. Tal vez no era el baile más espectacular, pero se sentía más tranquila al saber que podía hacerlo todo sin equivocarse.

O casi todo, porque cuando iba por la mitad del baile, escuchó como una puerta se abría y se cerraba en el patio de butacas, rechinando, y se distrajo por un momento. Repitió sin querer una pirueta y tuvo que improvisar para recuperar el ritmo. Seguro que todo el mundo se había dado cuenta, qué vergüenza...

Por fin terminó la coreografía, giró sobre sí misma y subió las manos. Se quedó así unos segundos, esperando los habituales aplausos. Pero nadie aplaudió.

—Está bien, gracias —dijo el hombre que había hablado antes.

Ali bajó las manos rápidamente, cogió aire y miró a los lados, sin saber muy bien qué hacer. En las butacas, un par de personas susurraban entre ellas.

—Es... Alice, ¿verdad? —le preguntó una mujer con acento británico.

—Sí. Bueno, Ali. Es decir, mi nombre es Alice, pero todo el mundo me llama Ali.

Se llevó las manos a la espalda y empezó a darle vueltas a su pulsera.

—¿Sabes cantar?

Ali dudó por un momento.

—Bueeeno... —contestó—. Practico en el coro del cole.

—Conque cantas en el coro...

Ali sintió que se ponía roja. Si le pedían que cantara sí que iba a hacer el ridículo...

—S-sí. Un poco.

—Y dinos, Alice —insistió la mujer—. ¿Por qué deberíamos darte la oportunidad de convertirte en una estrella mundial?

A Ali se le escapó una risa y tosió un poco para disimular. Se moría de ganas por bailar en un videoclip de Lavanda, pero tampoco sabía si eso daba para «estrella mundial».

—Yo... Es decir. Es que seguro que las otras chicas están mucho más preparadas que yo. Me encanta bailar, pero no... No soy una estrella.

Ali se aclaró la garganta, nerviosa.

—¡Pero muchas gracias! —añadió muy rápido—. Por... por la oportunidad. Ha sido muy divertido y... Eso es lo único que esperaba. Pasármelo bien.

Hubo una larga pausa.

—Gracias por venir —le dijo la mujer por fin.

Ali asintió y salió del escenario. La chica de la carpeta la estaba esperando entre bambalinas.

—Sígueme —le dijo.

Ella la siguió hasta un pequeño camerino.

—Espera aquí. Cuando hayan terminado todas las chicas, alguien vendrá a buscarte para darte los resultados.

Ali se quedó a solas y miró a su alrededor. Había un espejo enorme, que iba de un lado a otro de la habitación, y estaba rodeado de grandes bombillas blancas. Se acercó al tocador y se sentó. Seguro que las demás lo hacían mucho mejor que ella...

Tuvo que esperar bastante rato antes de que alguien abriera la puerta.

—Disculpa la espera, Alice —le dijo la mujer con acento británico—. Mi nombre es Samantha Gallagher.

Ali calculó que sería de la edad de su madre. Llevaba unos pantalones de traje negros y una blusa sin mangas. Las gafas de pasta negra de estilo *vintage*, alargadas en los extremos como si fueran ojos de gato, le daban un toque muy sofisticado.

—No pasa nada —contestó Ali, que en realidad estaba a punto de comerse las uñas de los nervios.

—Verás, es que necesitábamos tiempo para tomar una decisión —le dijo Samantha.

Ali quiso interrumpirla. Sabía que no la habían elegido, y no es que le importara, de verdad, ella se había

hecho a la idea. Pero tampoco es que quisiera escuchar a aquella mujer decirle que no era lo bastante buena... Se mordió el labio y se balanceó sobre las puntas de sus pies.

—Creo que te has equivocado en algo hoy —continuó Samantha.

Ali sintió que se sonrojaba. ¿Tan mal lo había hecho?

—Has dicho que no eres una estrella. Y es verdad, todavía no lo eres. Pero eso puede cambiar.

La chica parpadeó varias veces y tragó saliva.

—¿Me... me han cogido para el videoclip?

Samantha soltó una suave carcajada.

—¿Un videoclip? No, Alice. Te hemos elegido para ir al lugar donde nacen las superestrellas. Vas a ir a la Academia.